

62 SEMAMA ESPAÑOLA DE MISIONOLOGÍA LA MISIÓN EN SITUACIÓN DE CONFLICTO

La misión en el conflicto interior de una sociedad entre la tradición y la modernidad

Por Rosario Garrido García
Servidora del Evangelio de la Misericordia de Dios

Es una alegría poder participar en esta Semana de Misionología, y poder compartir con todos vosotros mi experiencia de Japón. Me llamo Rosario Garrido y pertenezco a la Comunidad Misionera Servidores del Evangelio de la Misericordia de Dios. Tenemos comunidad en Tokio, y la formamos siete misioneras de distintos países: una portuguesa, italiana, japonesa, venezolana y tres españolas. Yo como misionera, he tenido la suerte de vivir en muchos países distintos, pero es en Japón donde he estado más tiempo. Son diecisiete años conviviendo y disfrutando con un pueblo del que he aprendido muchísimo. En primer lugar, el tema que voy a intentar desarrollar es: "La misión en el conflicto interior de una sociedad entre la tradición y la modernidad." Sinceramente os diré que hablar de un país tan fascinante y complejo como Japón en treinta y cinco minutos, es como intentar meter el agua del océano en un hoyito de la playa. Pero bueno, voy a intentarlo. Como tendréis la charla escrita, me sentiré con la libertad de pasar por alto aspectos si veo que el tiempo no me da. Además, creo que lo más importante no es sólo lo que diga yo, sino lo que vosotros queráis preguntar. Por eso, como al final de la charla hay diez minutos o más de preguntas, os animo a que lo hagáis.

Como **introducción**, os diré que he conocido a mucha gente, y yo misma he caído a veces en el error de pensar que los asiáticos son todos iguales. Nada más equivocado. Sin embargo, hay rasgos comunes. El Sínodo de Asia del 98 nos habla de estos rasgos, y enumera una serie de valores religiosos y culturales tales como: "Amor al silencio y contemplación; sencillez, armonía, desapego, no violencia. Espíritu de duro trabajo, de disciplina, de vida frugal; sed de conocimiento e investigación filosófica. Respeto a la vida, compasión por todo ser vivo, cercanía a la naturaleza; respeto filial a padres, ancianos y antepasados. Sentido de comunidad muy desarrollado; familia como fuente vital, comunidad integrada y solidaria. Espíritu de tolerancia religiosa y coexistencia pacífica; capacidad de adaptación y apertura natural al enriquecimiento recíproco de pueblos en la pluralidad".

Cuando uno viaja por Asia se da cuenta de que cada país asiático es muy distinto, y en mi experiencia, Japón el que más. Al hablar de Japón, me gusta mucho utilizar la expresión de Pedro Arrupe, (jesuita que vivió la bomba atómica): "Este Japón increíble". Japón sorprende al que se acerca a él, y es un país lleno de contrastes, como muy bien expresa el título del libro de Ruth Benedict: "El crisantemo y la espada". Quizás puede ser un país muy conocido por sus coches, motos, relojes, sushi y otras curiosidades, pero muy desconocido en otras muchas facetas.

1- En nuestro primer punto, vamos a intentar penetrar en el corazón de Japón **conociendo su "ayer" para comprender su "hoy".**

Japón entra en la mira de Europa en el 1549, con la llegada de mercaderes y misioneros, cuyo mayor representante es Francisco Javier. Estos, que provenían de una Europa renacentista del siglo XVI y un Siglo de Oro español, se encuentran con un conjunto de islas llenas de campesinos pobres y oprimidos por un férreo sistema feudal, donde los "shogun" (gobierno militarista) y "daimios" (señores feudales) guerrear entre sí. Francisco Javier está tan sólo dos años, pero deja puestos los cimientos de una floreciente iglesia. Más tarde, jesuitas, franciscanos, agustinos y dominicos aúnan fuerzas, y en el curso de una generación el número de cristianos había subido a los 300.000. Javier llamó a Japón "la delicia de mi corazón y el país de Oriente más adaptado al cristianismo".

¿Qué es lo que sucede para que algo tan floreciente, desaparezca casi por completo? La respuesta la encontramos en un patrón repetitivo: Ukon Takayama. Ukon fue bautizado con el nombre de Justo a la edad de 11 años. El y su padre, daimio (señor feudal) del castillo de Sawa, abrazaron la fe, y fruto de su testimonio muchos otros se convirtieron. A los 21 años, Ukon, fue nombrado señor de Takatsuki, convirtiendo el distrito de Mishima en uno de los mayores centros cristianos de Japón. En ese tiempo unos 50 daimios se convirtieron al cristianismo, repitiéndose el mismo patrón. El mensaje del Evangelio de igualdad, amor fraterno y justicia estaba mermando la sólida estructura feudal de entonces, lo que provocó que el shogun Hideyoshi Toyotomi prohibiera el cristianismo y expulsara a todos los misioneros extranjeros de Japón. A partir de entonces se comienza a perseguir a los cristianos con la práctica del fumi-é: (fumu- pisar; é-dibujo), obligar a pisar un icono de la Virgen y el Niño para ver si eran cristianos o no. Los que se negaban eran torturados y obligados a abandonar la fe. Fueron muchos los que testimoniaron su fe con cárceles, suplicios, destierros y muerte. Por supuesto, también hubo cristianos que apostataron, son los llamados "korobi".

En Enero de 1597, unas 26 personas son obligadas a caminar 1000 kms. en pleno invierno, desde Osaka hasta Nagasaki. Se les corta la oreja izquierda y atraviesan muchas grandes ciudades para mostrar lo que pasaría a los que abrazaran la fe cristiana. Era tanta la alegría y paz con que se les veía, perdonando a sus propios verdugos, que provocan el efecto contrario, y muchos más se convierten al cristianismo. Un mes más tarde, esa comitiva formada por misioneros extranjeros y japoneses, laicos y hasta tres niños, son crucificados en la colina de Nagasaki. "Pablo Miki y compañeros" serán los primeros 26 mártires japoneses canonizados en 1862.

A pesar de las cruentas persecuciones, el número de cristianos sigue aumentando hasta que otro shogun, Ieyasu Tokugawa en 1614, manda un edicto para la aniquilación total del cristianismo. Ante el miedo de que la religión se extendiera y el daimio perdiera el poder o fuera a caer en manos extranjeras, en 1639 Japón se cierra por completo al mundo exterior y queda incomunicado. Es la época "sa-koku" (sa-cadena , koku-país). Dos siglos durará esta

reclusión hasta que en el 1853, el almirante norteamericano Matthew Perry, obliga la apertura del Japón al comercio y a la relación con otros países.

En 1858 se permitía sólo a los extranjeros profesar su fe, y la construcción de iglesias. Fueron casi tres siglos de horribles persecuciones, desde 1596 hasta 1873, fecha en que se suprimió el decreto de prohibición del cristianismo. Casi la incipiente iglesia japonesa estuvo a punto de desaparecer...sin embargo un extraordinario hecho confirma lo contrario. Durante la clandestinidad, a pesar de sufrir toda clase de dificultades, los cristianos escondidos luchan por defender, conservar y transmitir su fe. De esta forma, en 1865, tiene lugar el llamado "descubrimiento de los cristianos ocultos de Nagasaki" (kakure kirishitan). Una delegación de ellos se presentó en la iglesia de Oura, construida para extranjeros, ante el padre P. Petitjean de los misioneros de París, pronunciando la famosa frase: "el corazón de todos los que estamos aquí, es el mismo que el suyo". Todavía el miedo a la persecución obliga a muchos otros a permanecer ocultos.

En 1867 el poder político es devuelto al Emperador. Un año después, la restauración del Emperador Meiji, con cambios trascendentales a nivel político, social y económico, lleva a cabo la entrada de Japón en el mundo moderno. En 1889 se promulga la Constitución y con ella la libertad religiosa para todos los japoneses. A esta etapa le sigue un periodo de guerras, invasiones y anexiones de otros países asiáticos; I Guerra Mundial, y con la Guerra del Pacífico (1941-45), Japón entra de lleno en la II Guerra Mundial. Las dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki marcarán la rendición de Japón y el fin de la guerra. Con el general Mac' Arthur llega la ocupación americana, y en 1946 se redacta una nueva Constitución, en la cual uno de los artículos más discutidos es el nº 9: "el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación".

La pérdida de la guerra, la proclamación de que el Emperador no es Dios, y sobre todo la espantosa destrucción de la bomba atómica conduce al pueblo japonés a un gran despertar espiritual. Muchos buscan en el cristianismo respuestas, y son muchas las conversiones, bautismos y vocaciones religiosas que se suscitan. ¿Es que había llegado "la hora de Japón"? Muchos lo creyeron así, pero lo cierto es que por una parte faltó la ayuda, tanto misionera como económica, para volver a poner bases sólidas a una débil iglesia, y por otra, se vio claro la forma de ser de un país abierto a todo lo nuevo, pero que conserva su idiosincrasia y su cultura.

a) La cultura japonesa, no deja indiferente sino que provoca un cambio total.

Mi vida misionera se ha desarrollado en muchos países y puedo decir que he tenido la suerte de conocer diversas culturas: norteamericana, latinoamericana, europea, asiática. De entre todas, la japonesa es la única que ha hecho que tengan un eco especial en mi corazón las palabras de Jesús a Nicodemo: "**Tienes que nacer de nuevo**" (Jn 3,7). El que vive en Japón sabe que tiene que aprenderlo todo de nuevo: **pensar** (la estructura de pensamiento japonés es diametralmente opuesta a la nuestra. Una simple frase como: "quiero ir a Tokio" sería "Tokio a ir quiero"; **escribir** (el idioma japonés consta de un abecedario que se escribe de dos formas:

hiragana y katakana; y una multitud de "kanji" o ideogramas japoneses cuyas combinaciones son muchas); **leer** (el abecedario japonés es fácil de aprender, pero no así los kanji. Por ejemplo, para leer el periódico se necesitan saber como mínimo dos mil kanjis, con sus distintas combinaciones); **hablar** (los niveles de educación japonesa se reflejan en la conversación. Es decir, según la edad, rango y sexo de la otra persona se emplean distintas formas de lenguaje; también, cuando se refiere a otro: se utiliza el honorífico, cuando se habla de uno mismo: la forma humilde; a los niños también se les habla con otras palabras); **comer** (aunque los japoneses saben utilizar nuestros cubiertos, la forma normal de comer es con palillos y estos se cogen y manejan de una forma concreta); **tomar un baño** (en Japón está la costumbre del "ofuro" o baño japonés. Primero, uno se ducha y se lava bien, y después se mete limpio en una gran bañera de agua caliente para relajarse. Una vez fuera, generalmente se vuelven a duchar y limpiarse); **descalzarse** (antes de entrar en las casas, uno se quita los zapatos, los deja correctamente puestos para que al salir se los pueda poner, y se pone unas zapatillas para huéspedes que hay en todas las casas); **comportarse** (cuando conoces a alguien, no se estrecha la mano ni tampoco se le da un beso. Basta con una inclinación de cabeza y torso. La etiqueta es no hablar demasiado, ni hacer demasiadas preguntas), inclusive para **contar** objetos, animales y personas la forma cambia: no basta contar 1, 2, 3... dependiendo del objeto es distinto el cómputo. Por ejemplo, una carta se dice: ichi mai, un libro- issatsu, un coche-ichi dai, una persona- hitori, un perro- ippiki, un ave ichiwa etc.

En resumen, el lenguaje mismo revela una forma de pensar y sentir del pueblo japonés muy distinta a la nuestra, y a la que hay que abrirse y aceptar. Revela también una cortesía y humildad nada fáciles en muchos momentos; un hablar no directamente sino dando rodeos aparentemente para nosotros (por ej. si alguien pregunta: "¿estás de acuerdo?" y la respuesta nuestra sería un "sí" o un "no", en Japón se diría: "bueno, pues, a lo mejor.." dejarían un silencio y después contestarían. El que escucha tendrá que llegar a su propia conclusión si el otro está de acuerdo o en desacuerdo. Por supuesto que no se puede generalizar, sin embargo, en mi opinión la mayoría sigue esos parámetros. Es un lenguaje que deja intuir más que afirmar, y es el que escucha el que está llamado a responder. En una visita, si el invitado quiere que el anfitrión abra la ventana porque hace calor, no se lo dirá directamente. Simplemente insinuará: "hoy hace un poco de calor, ¿verdad?". El anfitrión que estará atento, enseguida abrirá la ventana.

b) Este encuentro con una cultura tan distinta, que no es otra cosa que encuentro con las personas, provoca en el misionero **dificultades y desafíos**. La primera dificultad es una **mirada superficial**. Esta mirada superficial puede ser de **dos clases**: una, la que **sólo ve lo que es igual**. Ve "lo de fuera": el gran desarrollo de los japoneses, su forma de vida bastante occidental, comida internacional, conocimiento de otros idiomas, facilidad de acoplarse a lo extranjero... y piensa "bueno, somos bastante iguales". Esta mirada hace que se conforme con lo que ve y piensa, y no quiera ir a más profundidad. Es decir, lleva al desconocimiento del corazón japonés. Recuerdo a una persona que al mes de llegar a Japón organizó una reunión en inglés para japoneses para conocer la Biblia. Como estos entendían el inglés, y a ella le era más

fácil expresarse, pensó que era suficiente. Siguió así durante un año, hasta que al final se dio cuenta de que entendía las palabras, pero no les entendía a ellos.

Otra clase de mirada es la que **sólo ve lo que es distinto**. Esta mirada lleva a la crítica corrosiva. Como casi todo es distinto, o se intenta comprender, aprender y aceptar, o todo es motivo de comparación y discusión. Al final, se está tan a disgusto que generalmente la persona acaba yéndose del país. Este fue el caso de un compañero australiano de la escuela de japonés. Sabía seis idiomas y había vivido en varios países, por lo que pensó que ni con el idioma japonés, ni con Japón tendría problemas. Sin embargo, le costó tanto entrar en una mentalidad y cultura tan distintas a su lógica que tuvo que dejar Japón para salvar su salud mental.

La segunda dificultad es una **mirada moralista**. Cuando uno ve las cualidades innatas de los japoneses, se encuentra tan lejos muchas veces, que le lleva a pensar que no tiene nada que hacer allí. "¿Cómo les voy a transmitir a Dios si me dan cuarenta vueltas? Yo que soy tan impaciente, orgulloso, irascible..." El encuentro con un pueblo que te enseña tanto lleva a una continua humildad, conversión y aceptación personales. Se necesita la mirada profunda de que aunque sea un pueblo muy "trabajado", también hay otros rasgos humanos que no tienen y que necesitan. Yo misma me veía con tantas carencias, que me costó darme cuenta de lo que les podía aportar. A muchos extranjeros les llama la atención la inexpresividad de los japoneses y la seriedad de sus rostros. Puede parecer un detalle sin importancia, pero esto crea un tipo de relación entre ellos muy concreta. Por eso, una de las cosas que entendí que les podía contagiar es: la acogida a través de la sonrisa. De principio se muestran serios, pero cuando ven una cara sonriente y acogedora les invita a tener ellos la misma actitud. Sobre todo en un país donde llegar a hablar supone bastante tiempo, "el apostolado de la sonrisa" es uno de los más eficaces y enseguida se puede empezar a realizar. A esta expresividad le han dado un nombre: "akarui" que significa "luminosa".

El último peligro es el de una **mirada apresurada**. El entrar de lleno en la sociedad japonesa, lleva a ver muchas carencias que vienen de la falta de fe, de Dios, de amor. Esta mirada puede tornarse negativa cuando se quiere que **cuanto antes** conozcan a Dios. Si en todos los sitios el quemar etapas es negativo, en Japón resulta totalmente contraproducente. Mi experiencia misionera en Japón me dice que cuanto más tiempo uno "pierde" en el trato humano desinteresado, de amistad, el corazón japonés más se prepara para abrirse al conocimiento de Dios. Aunque los japoneses llevan un ritmo acelerado en todo, su corazón va muy lento a la hora de entender el Amor de Dios. En vez de ir en el "tren bala", el corazón parece ir tirado por un carro de bueyes. Es el gran contraste de un ritmo de vida acelerado, ante la gran lentitud del "Kokoro" japonés. Es interesante saber que en japonés, la palabra "kokoro"- corazón, abarca tanto el campo de los sentimientos como de los pensamientos.

c) El constatar todas estas dificultades y peligros, nos lleva a entender más los **desafíos**. Uno de ellos es la **necesidad de ser muy paciente** con uno mismo y con los demás. Empezando por el idioma, es de todos sabido en Japón que, un extranjero empieza a defenderse a los cinco años de haber acabado los dos años de estudio intensivo. Si la evangelización es lenta, las conversiones tampoco son rápidas. Va con el ser innato del japonés. Hay un dicho que tiene

que ver con los jardines japoneses. En ellos siempre hay un pequeño estanque, y se atraviesa por medio de grandes piedras llamadas "tobi-ishi", piedras saltarinas. Se llaman así porque hay que saltar de una a otra, hasta llegar a la otra orilla. El dicho japonés se podría traducir así: "No te apresures en cruzar. A no ser que quieras darte un remojón, asegura bien tu pie en la piedra antes de dar el siguiente paso". Yo he tenido la suerte de ser madrina de bautismo de seis jóvenes universitarios: todos han pedido el bautismo después de unos cuatro o cinco años de haber descubierto la fe. Por eso, también es un desafío muy grande el **ir más allá de las evidencias**. Es muy fácil caer en el peligro de valorar el trabajo misionero contabilizando sólo los éxitos: cuántas conversiones, cuántos catecúmenos, cuánta gente viene a las reuniones etc. **Crear que, a pesar de lo que se vea, el Espíritu sigue trabajando en el interior de cada persona es un desafío**. En Japón se nos invita constantemente a vivir lo que tantos hermanos en la historia de la iglesia han vivido: "Todos somos colaboradores de Dios. Uno es el que siembra, otro el que riega, pero es Dios el que da el crecimiento."(1 Co 3,7) Y también: "el que dé, que lo haga gratuitamente y con alegría" (Cfr. 2 Co 9,7).

Nosotros, los misioneros del siglo XXI, sabemos que si hoy podemos trabajar en Japón, se debe a la cantidad de misioneros "Sempai" – antiguos, que nos han precedido en la tarea evangelizadora, y han dado generosamente sus vidas por el pueblo japonés. Empezando por los mártires del siglo XVI, siguiendo por Maximiliano Kolbe y su compañero el hermano Zenó, hasta terminar por el padre Arrupe son incontables las personas que han sembrado la semilla del Evangelio, la han regado y cuidado. Quiero mencionar al actual General de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás, ha sido un gran apóstol y compañero de evangelización en Japón, y quiero recordar a todos los misioneros que en la actualidad están luchando e intentando, con toda su alma, corazón y vida, que Japón descubra el amor grande y misericordioso de Dios. A todos ellos, gracias de todo corazón.

2- Japón, un país de contrastes. Es necesario comprenderlos para amarlos.

Resulta sorprendente el ver que siendo los japoneses muy espirituales, sólo un 30 % de la población se declara con una creencia concreta. La historia nos enseña por qué el pueblo japonés desconfía de las religiones extranjeras, sobre todo, cuando las ve luchando entre sí. Dogen, maestro zen del siglo XIII, expresa de esta forma la auténtica religión: "¿Hay algo más necio que aquel que valora tanto su religión que le lleva a destruir la ajena, dejando a su paso odio y luchas? La religión verdadera, en cualquier momento de la historia, es la que ilumina a las personas y las conduce a una forma de vida pacífica. Los creyentes, sea de la religión que sea, nunca deben desenvainar la espada y luchar unos contra otros".

En Occidente, se le conoce a Japón como un país imbuido de espiritualidad. Esto no sólo tiene que ver con el budismo, shintoísmo, meditación zen etc. Aparte de las creencias religiosas, el pueblo japonés ha tenido siempre como rasgo peculiar el ser muy espiritual.

Se podría decir que la espiritualidad japonesa, desde el antiguo Japón hasta ahora, está brevemente expresada con las palabras:

“**Wa**” – paz y armonía, ejemplarizadas por las personas que realizaban sus actividades cotidianas sin crear problemas.

“**Kei**” – el respeto mutuo deberá ser siempre el gobernador de las relaciones humanas.

“**Sei**” – la pureza puede simbolizarse de forma óptima evitando el exhibicionismo y la ostentación a favor de la sencillez.

“**Jaku**” – la tranquilidad deberá mantener su preeminencia incluso estando enfrentados a situaciones difíciles.

Este fuerte sentido de respetuosidad, una profunda gratitud, y una ecuanimidad mutua, están muy bien reflejados en la **ceremonia de té**, cuando el anfitrión sirve una taza de té a su invitado. El frente de la taza es siempre girado de forma que quede encarado al invitado, para mostrar el respeto que el anfitrión tiene por él. Después de recoger la taza, el invitado la gira un cuarto de vuelta antes de sorber el té. Esta acción da a entender simbólicamente al anfitrión el sentimiento de humildad por el honor recibido. Antes de devolver la taza, el invitado encara el frente de la misma hacia el anfitrión para expresar su gratitud y respeto.

Bajo estos conceptos espirituales se encuentran todas las artes tradicionales del Japón: ceremonia de té, arreglo floral, origami (papiroflexia), artes marciales: kendo (esgrima japonesa), judo y aikido (variante del judo más espiritualista), karate, kyudo (tiro con arco). Estos conceptos también eran parte de los principios del guerrero samurai (bushido). Aquellas personas que hayan leído novelas o hayan visto películas japonesas, creo que les será más fácil entenderlas a la luz de lo que aquí se expone.

a) Luces y sombras del pueblo japonés

La antropóloga neoyorquina Ruth Benedict realizó, después de la II Guerra Mundial, un estudio del pueblo japonés resumiendo su gran contraste en el título de su libro: “El crisantemo (sensibilidad, delicadeza) y la espada (fuerza, agresividad)”. Aunque desde entonces han pasado muchos años, Japón sigue siendo un país de grandes contrastes. Podrían llamarse **luces y sombras** de un pueblo en el que las mismas virtudes llevadas al extremo se convierten en sombras. Me gustaría enumerar algunas de ellas:

Respeto e indiferencia.

El respeto al otro hemos visto que es un valor muy grande, pero a veces llega a ser una carga tan pesada que se torna en indiferencia. Las relaciones humanas para los japoneses son muy importantes, pues son una parte muy importante de la sociedad; sin embargo, pueden llegar a resultar muy complicadas. Nada se hace desinteresadamente, sino siguiendo la ley del “dar y recibir”. El que recibe lo hace sabiendo que, sin mucha demora, tendrá que devolver lo que se le dio. El respeto y la consideración al otro lleva a lo que se llama “on” (deuda moral o agradecimiento), y va desde lo más grande a lo más pequeño. Para que se entienda, daré un ejemplo de la vida cotidiana. Una vecina trae en un plato, algo cocinado por ella. El “on” lleva a

devolver el plato, pero nunca vacío sino con algo en él. Lo que se devuelve no puede ser mejor que lo recibido (porque entonces se pecaría de ostentación, y se incurriría en una falta de respeto); tampoco puede ser una nimiedad. A través del "on" se muestra el respeto y el agradecimiento; sin embargo, en otros momentos supone una gran carga. Se transforma en "giri" (obligación).

Ante esto, la reacción de muchas personas es no complicarse demasiado la vida en las relaciones con los demás, y su salida es la **indiferencia**. En argot nuestro, "pasar del otro". Esto crea una sociedad fría e individualista en la que la exigencia causa estragos, sobre todo entre los más jóvenes. Como no pueden llegar a las expectativas de esta sociedad, experimentan la soledad y el aislamiento, se sienten ignorados y rechazados. Este es el caso de los "**hiki-komori**" (hiku- replegarse, komoru- no salir). La mayoría son adolescentes y adultos jóvenes que se ven abrumados por la carga de la sociedad, y se sienten incapaces de cumplir los roles sociales que se espera de ellos. Reaccionan de esta forma con un aislamiento total: se encierran en una habitación durante meses e incluso años. Según estimaciones, puede que haya un millón de hikikomoris en Japón (uno de cada diez jóvenes). La mayoría de ellos son varones, y muchos también primogénitos.

Sensibilidad y dureza de corazón

La gran **sensibilidad** al arte, naturaleza, delicadeza en las relaciones etc, contrasta con la insensibilidad y dureza de corazón que muestran muchas veces. Es de todos conocido la pasión de los japoneses por la naturaleza. Esta se muestra sobre todo en las temporadas de cambio de estación, como la primavera y el otoño. El árbol del cerezo en flor, "sakura", ha llegado a ser un icono del Japón. Así también el cambio de hoja del otoño o "koyo". La naturaleza se viste de una multitud de tonos rojos, verdes, castaños, amarillos que provocan la admiración de todo el que la contempla.

También en las relaciones, el pueblo japonés es famoso por sus detalles en el agasajo del otro, escucha profunda de la otra persona, respeto y valoración de la opinión ajena aunque difiera de la propia etc. Sin embargo, esta sensibilidad grande es muy fácil de herir y toma la forma de **dureza de corazón**. El miedo a las heridas y a la intrusión íntima provoca que se pongan una coraza de insensibilidad, una máscara. Esto lo hacen para protegerse de los posibles golpes y no mostrar sus auténticos sentimientos. Antiguamente era una cosa de pudor y virtud el no exteriorizar lo íntimo de uno mismo. Una cosa es lo que hay por dentro: ternura, cariño, preocupación, y otra lo que sale por fuera: frialdad, rigidez, seriedad. Ahora los jóvenes están cambiando bastante, pero aún así este "hon-ne" (lo que hay por dentro) y "tate-mae" (lo que se ve por fuera) se ve muy frecuentemente en las relaciones humanas: marido y esposa, novios, hermanos, compañeros de trabajo etc. Ahí, la labor misionera está en no quedarse en lo de fuera, sino en penetrar y llegar al corazón, tanto para uno mismo como para ayudar a los demás a hacer lo mismo. Durante mi última estancia en Tokio, estuve acompañando a una pareja que se iba a casar. La mayor parte del tiempo estuvimos trabajando lo mismo: como pareja, ayudarse y ayudar al otro a ir más allá de la apariencia, y aprender a dialogar acerca de sus sentimientos.

Sed de conocer y apertura – sincretismo y eclecticismo

Los primeros misioneros que llegaron a Japón no encontraron ningún obstáculo en difundir el cristianismo. Eran los mismos japoneses los que preguntaban y se interesaban. El problema llegó cuando los poderosos vieron amenazada su estructura jerárquica. El pueblo japonés hoy en día sigue abierto a todo, y su sed de conocer es inmensa. Por ejemplo, no he visto nunca restaurantes de tantos países como los que he visto en Tokio. Las escuelas de idiomas ofrecen al estudiante una gran gama de lenguas europeas y asiáticas. Es también muy frecuente ver japoneses viajando, hasta en los parajes más recónditos del planeta. Esa curiosidad innata en el japonés, que le lleva a valorar y querer conocerlo todo, tiene por otra parte la desventaja de llegar a un **sincretismo** donde todo cabe y todo vale. Por eso, Japón es terreno abonado para todo lo nuevo: nuevas filosofías, movimientos, sectas, productos etc. No obstante, esto no quiere decir que todo lo hagan suyo. El sentido ecléctico les lleva a asimilar y adaptar todo lo bueno y valioso que encuentran: (valores, inventos, recursos etc.) Ese fue el espíritu del emperador Meiji, en el siglo XIX, que le llevó a elevar a Japón a una de las futuras potencias mundiales.

Espíritu comunitario – cerrazón y aislamiento

Entre los japoneses existe un claro predominio del espíritu de grupo sobre cualquier egocentrismo o vedettismo personal. Esto puede provenir de sus raíces shintoístas y budistas donde el sentido de participación impersonal en la Naturaleza, lleva a una especie de difuminación del yo, y de cuanto signifique exaltación del individualismo. En los pasados Juegos Olímpicos de Pekín, el equipo de natación japonés ganó dos medallas de oro. Cuando los periodistas preguntaron acerca de tal hazaña, el entrenador japonés contestó que hasta ahora habían seguido la técnica americana: "ser el primero", y no les había funcionado. Era demasiada presión psicológica. Por eso en la preparación para los del 2008 habían dado importancia al grupo, y a intentar dar lo mejor de cada uno. Más que conseguir el oro, a través de una lucha encarnizada, lo más importante era disfrutar de nadar y de contar con cada uno. La alegría, distensión y ambiente de compañerismo llamó la atención de todos. Cuando la prensa les preguntó por las medallas, cada nadador elogiaba a sus compañeros más que hablar de él mismo. Cuando leía este artículo del periódico, recordaba otro que había leído en Irlanda acerca de Japón. El título era: "Japón, el único país donde la humildad sigue siendo una virtud".

Aunque el pueblo japonés tenga un sentido muy fuerte de comunidad, también existe el peligro de quedarse reducido al grupo pequeño y cerrarse a lo demás. Esto lo hemos visto en la visión histórica cuando Japón permaneció cerrado al mundo exterior durante dos siglos. En aquellos momentos fue por miedo, pero hoy en día puede ser por inhibición o timidez ante quienes no pertenecen al propio círculo de relaciones. También el "grupismo" se favorece cuando se da demasiada importancia o énfasis a la propia empresa, universidad o grupo. Hay una cierta tendencia a separar los grupos: niños, jóvenes, trabajadores, amas de casa, ancianos etc y raramente se juntan. Recuerdo la sorpresa que se llevaron los jóvenes que conocíamos cuando les propusimos una reunión donde juntáramos a toda la gente que habíamos conocido hasta

entonces. Al principio se negaron por no haberlo hecho nunca, pero cuando se abrieron a la posibilidad y vieron los frutos, sólo querían volver a repetirlo.

Disciplina y sumisión – facilidad de ser manipulado

Ante una población total de 127.417.244 habitantes (la novena del mundo), por una superficie total 377.835 kilómetros cuadrados (más o menos la extensión de Alemania) se necesita ser muy disciplinado. Sobre todo si la superficie donde se vive es 67% montañosa y sólo un 13% son llanuras. Sin embargo, no sólo por necesidad los japoneses son disciplinados, sino que forma parte de su tradición y cultura. Hay una **disciplina** y sometimiento espontáneo (o al menos dócilmente aceptado) a un orden jerarquizado: la edad, antigüedad, la posición relativa en el grupo y la estructura social, el cargo o autoridad que se ostenta, no se cuestiona sino que prevalece ante otras consideraciones. La disciplina se practica en todos los ámbitos: en el de las relaciones y también en el de las artes. Son famosos los japoneses por cómo llegan a dominar lo que se proponen, sea: danza, guitarra, piano, deportes, etc. La capacidad de disciplina conlleva también una capacidad muy grande de sacrificio. Sin embargo, el sacrificio no tiene la misma connotación que para nosotros. Disciplina y sacrificio es "lo normal" para ellos.

Aunque la disciplina y la sumisión son características del pueblo japonés, llevado éstas al extremo puede tornarse en **facilidad para ser manipulado**. Un pueblo sumiso no se rebela, y esto le puede ayudar a apagar la iniciativa personal, la creatividad. Hay un dicho muy antiguo que reza: "clavo que despunta, se le da un martillazo". La II Guerra Mundial nos dio un buen ejemplo de esta sumisión y facilidad de manipulación con los famosos "kamikazes". Es verdad que muchos de ellos ofrecieron su vida por el Emperador sin pensarlo dos veces. Sin embargo, también hubo una gran cantidad de jóvenes que no pudieron rechazar el "honor" que se les brindaba, evitando así la vergüenza de la familia. Las cajas negras mostraron que, en vez de ofrecer sus vidas gritando: "banzai" (grito de victoria al emperador), acababan sus vidas gritando: "madre". Por eso, se puede seguir afirmando que una cosa es lo que se ve fuera, y otra lo que pasa por dentro. Cuando uno viaja a Japón, lo primero que le sorprende si entra en el metro, a la hora de ir a la oficina, es la uniformidad. Todos van vestidos igual: trajes oscuros (negro, gris, azul marino) y con corbatas poco llamativas, para los hombres. Trajes de chaqueta para las mujeres. Los jóvenes son más libres, pero cuando estos entran a trabajar a una empresa, sumisamente visten lo que "se debe" vestir. Aunque hay excepciones, son muy pocas.

Espíritu de duro trabajo – stress emocional

Los japoneses son trabajadores por idiosincrasia. Trabajan mucho y bien. Son puntuales, meticulosos, detallistas, minuciosos, rápidos y eficaces. Más que crear (y también lo hacen), perfeccionan, y el acabado es por eso fundamental. Todos los que vivimos en Japón, somos testigos de ello: los productos japoneses son los mejores y los que más duran. Los extranjeros que visitan Japón se quedan con la impresión de que los japoneses viven para trabajar. No es así para las generaciones jóvenes, pero sí para aquellos que tuvieron que sacar a Japón de los

cimientos de la II Guerra Mundial, y convertirlo en una de las mayores potencias mundiales. Sus huelgas eran trabajar más. Hoy en día, los trabajadores siguen llegando a su casa muy tarde debido a las horas extras que tienen que hacer. Conozco a un matrimonio joven con una niña pequeña. El esposo llega a su casa pronto para bañar a su hijita, estar con ella y una vez que ésta se ha acostado regresa a la oficina para seguir trabajando.

Este espíritu de duro trabajo también cobra factura. Llevado al extremo, provoca un **stress** tan grande que desemboca muchas veces en depresión y enfermedad. Son muchas las personas en la actualidad que sufren depresión, y muchas también las que la depresión o los trastornos psíquicos y emocionales les lleva a suicidarse. El **suicidio** es un problema social muy grave. Resulta muy alarmante que desde 1998 la tasa de suicidios haya aumentado hasta llegar a 30.000 suicidios anuales. La mayoría son varones entre 40 y 60 años, y el motivo: evitar deshonor a la familia debido a un fracaso laboral, a un despido o a la quiebra de su empresa. El stress laboral y las depresiones por exceso de trabajo, muchas veces no diagnosticadas ni tratadas, provocan en la persona la necesidad de quitarse la vida. Hoy en día, no sólo adultos, sino también niños se suicidan debido a que son víctimas del "ijime" - mofarse, ridiculizar y golpear a los compañeros de clase para humillarlos. En toda esta situación, es muy importante tener en cuenta la cultura y la ética antigua japonesa, donde el "harakiri" (abrirse el estómago), o la elección de la propia muerte estaban consideradas como algo noble y decoroso. Considerando los condicionamientos sociales y todo el bagaje cultural y ético, no se puede juzgar a las personas que realizan este acto. Más bien sentir compasión hacia ellas, y preguntarnos qué tipo de sociedad estamos creando que lleva a adultos, jóvenes y niños a ese extremo. Por esto, la Iglesia más que condenar trata de prevenir, ayudar a las personas que necesitan apoyo y tratamiento psicológico. Desgraciadamente, en Japón las enfermedades psicológicas son todavía un tabú, algo a condenar o a ocultar dentro de las familias, más que verlo como algo que se puede curar con el tratamiento adecuado. Debido al rechazo que experimentan, muchos que padecen estas enfermedades -aun no siendo creyentes- se dirigen a la Iglesia para recibir ayuda. Por esta razón, la Iglesia Católica ha hecho de estos enfermos "leprosos del siglo XXI" una de sus prioridades.

b) Necesidad de algo distinto

Constantemente percibimos que cada país, cada cultura, cada religión, cada persona tiene sus luces y sus sombras. Cosas buenas de las que se puede aprender y que reflejan la belleza, lo bueno, lo verdadero, y también aspectos sombríos que necesitan curación. Heridas, aspectos frágiles que necesitan ser amados, ser comprendidos, no ser juzgados. Aspectos que necesitan ser vistos en su contexto más amplio para poder ser valorados justamente. En Japón encontramos muchas cosas bellas y buenas de las que podemos aprender, recibir con las manos abiertas y admirarnos. También hay otros aspectos que cuando los descubrimos nos dejan en silencio, y necesitan ser meditados largamente y conocidos a profundidad para poderse comprender. Como misioneros tratamos de enriquecernos de todo lo positivo que tiene cada persona y cada cultura. También intentamos aportar la luz del amor y de la fe, sobre todo en aquellas heridas más dolientes del corazón de las personas y de las culturas. Estas heridas nos hablan de la **necesidad de algo distinto**, la **necesidad de algo nuevo**. Nuevas

relaciones interpersonales en la familia, entre amigos, en la sociedad, y en la misma Iglesia. Crear espacios y ocasiones donde se den nuevos lazos humanos de cariño, comprensión y amor. La misma sociedad japonesa se está dando cuenta de ello y muchos grupos están poniendo medios: campañas contra el suicidio valorando el sentido de la vida, prioridad a la vida de familia por encima del trabajo, ayuda médica y psicológica a los que sufren depresión etc. Son débiles intentos pero que sensibilizan y hacen tomar conciencia a la opinión pública. Sin embargo, en mi opinión, se necesita algo prioritario y urgente: **el amor misericordioso de Dios**. 1ª Cor. 13, 1-8 "Si no tengo amor, nada soy, ni nada me aprovecha. El amor es paciente, bondadoso, no tiene envidia ni orgullo. No se engríe. No es grosero, ni egoísta; no lleva cuenta del mal. No se alegra de la injusticia sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no acaba nunca"

3- Evangelizar desde el amor.

a) La palabra menos utilizada pero más necesaria: "Ai"

La palabra japonesa para el amor durante mucho tiempo ha sido muy poco utilizada, y menos aún expresada. De hecho en el lenguaje hablado se emplean cantidad de sinónimos: ("me gusta", "pienso con cariño", "enamorarse", "tiene importancia"), pero apenas se utiliza la única para el amor: "Ai" (amor), o "Ai suru" (amar). La razón es que los japoneses no tienen la misma necesidad que nosotros de verbalizar. Expresan el cariño no a través de palabras, sino de otra forma. Tampoco el contacto físico es frecuente. Los abrazos y besos entre padres e hijos, o entre hermanos son escasos. Hoy en día, debido a la influencia occidental, cada vez sale más "el amor", "te amo", en películas, novelas, "manga" (comic japonés), sin embargo nunca se oye utilizarla a las personas. A pesar de que las formas de expresión del amor cambian con la cultura, es interesante percibir que la misma sociedad japonesa ve la necesidad de expresiones visibles del amor. Por ejemplo, últimamente hubo una campaña mediática para animar a las madres a que abrazaran a sus hijos pequeños. Decían que el niño tiene necesidad del calor de la madre, del contacto de la piel, de su cercanía. También unas religiosas cerca de nuestra casa tienen un centro para bebés abandonados y niños con problemas. Uno de los voluntariados que ofrecen a los jóvenes es: abrazar a los bebés y niños pequeños.

Aunque la palabra amor en sí no aparezca en el lenguaje hablado, bastaría que apareciera el contenido, pero desgraciadamente para muchos japoneses "el amor" se halla confinado a la relación romántica entre hombre y mujer. Amor, aunque existe el ideograma, carece de contenido para mucha gente. Sin embargo, ya en el mismo kanji de amor se expresa un contenido muy profundo. La parte de arriba son unas manos que llevan dentro de un pañuelo un corazón (parte del medio), que es entregado a otras manos que lo reciben (parte inferior). El amor es el regalo del corazón que se ofrece al otro. Elocuente, ¿verdad? [Poner el ideograma](#)

b) La Iglesia Católica como lugar de encarnación del amor.

Esta experiencia de amor misericordioso, por la forma de ser del pueblo japonés, necesita crecer en el seno de una comunidad. Una comunidad de hermanos, amigos, unidos por "un solo

corazón y una sola alma" (Hch 4,32) que les lleve a amar hasta el final. Así lo vivieron los cristianos japoneses en la época de las persecuciones: "La fuerza indómita con la que tantos católicos del siglo XVII resistieron a las torturas y afrontaron el martirio provenía del espíritu comunitario con el que se sostenían en la fe mutuamente. Fueron los "kumi"-comunidades de cristianos- el terreno sobre el que florecieron los 188 mártires. Aquella Iglesia de Japón era una verdadera Iglesia de pueblo", afirmaba el P. Shinzio Kawamura, SJ, en un simposio en Takushima, en septiembre de 2007. Este amor, debido a la misma dinámica de la Encarnación, necesita hacerse visible, palpable, audible a través de hermanos. La Iglesia Católica en Japón está llamada a ser ese lugar abierto a todos donde se pueda experimentar el amor misericordioso de Dios.

Para llegar a los católicos y a los no católicos, la Iglesia Católica aprovecha todo lo que está a su alcance. Sabe que el japonés es muy ritual y estético, muy amante de la música, por eso aprovecha los tiempos litúrgicos: sobre todo los de Navidad y Pascua, para contagiar la alegría y esperanza de un Dios que nos ama tanto. Las iglesias se llenan tanto que mucha gente queda afuera sin poder entrar. No son pocos los que fruto de ese primer contacto quieren conocer más el cristianismo. Otro foco de interés para el pueblo japonés y que la iglesia aprovecha para formar corazones, es el deseo que tienen de celebrar su boda en las iglesias católicas. La arquitectura, vidrieras, música, el romanticismo que conlleva les atrae tanto que hay listas enteras de no cristianos esperando casarse. Como ellos no son católicos no pueden recibir el sacramento, pero sí una bendición. La iglesia propone unos cursillos de conocimiento y formación para la pareja y después les acompaña en su enlace. La mayoría de veces la experiencia es tan positiva que los mismos cónyuges pasan la voz a otros y así sucesivamente. Una de las cosas que he aprendido en Japón es que el número de bautizados puede ser concreto, pero son muchos más los que piensan y sienten en cristiano.

Las comunidades japonesas cuentan con 848 parroquias, repartidas entre 13 diócesis y 3 archidiócesis: Nagasaki, Osaka y Tokio. Los católicos alcanzan el millón y medio aproximadamente (1% de la población) Estos han aumentado últimamente debido a los hijos de emigrantes japoneses "nissei", (provenientes la mayoría de Perú y Bolivia) que han regresado a Japón. También, hay una gran cantidad de emigrantes de otros países: sobre todo Brasil y Filipinas, a los que la Iglesia Católica trata de atender, ayudar e integrarse en la sociedad japonesa. Esta integración es otra de sus prioridades. Junto con la atención a los enfermos mentales, anteriormente mencionada, hay una tercera prioridad: la formación de los laicos. Sacerdotes y religiosos no bastan para atender a todas las necesidades de la Iglesia, por eso es tan urgente la formación de personas que puedan atender, ayudar y guiar a tantos otros que vienen a llamar a sus puertas.

Mi experiencia misionera en Japón es que el japonés es un pueblo muy sensible para descubrir el amor. Quizás se muestre reticente ante la religión, pero nunca ante el que ama de una forma desinteresada. Y ese amor se puede manifestar a través de una sonrisa, una acogida de corazón del otro, espontaneidad, muestra de confianza etc. Como el japonés es muy detallista, las cosas pequeñas son de vital importancia. Todo puede ser revelación del amor. Quizás por eso es tan importante hacer vida el gran amor que Dios nos tiene a cada uno.

Desde la óptica del amor, se abren cantidad de caminos para la evangelización del corazón japonés. Cristianismo se escribe "enseñanzas de Cristo". Sin embargo, shintoísmo se escribe "camino hacia los dioses". Estoy convencida que uno de los desafíos de la evangelización es abrir caminos, trazar puentes hacia Dios, desde lo que es genuino japonés. Antiguamente el convertido dejaba de ser japonés y se occidentalizaba, es decir se oponía a todo lo que era típico japonés: su religión, sus costumbres, sus antepasados etc. Hoy en día, muchos sacerdotes y cristianos japoneses coinciden en que se hace necesario un diálogo con las raíces sintoístas, budistas y japonesas del pueblo. Quitar miedos y prejuicios para reconocer lo que lo japonés tiene que aportar a la fe cristiana, y lo que la fe cristiana tiene para iluminar y dar plenitud a la fe sintoísta y budista. No puede haber más antagonismo sino diálogo. Hay un camino a recorrer. Son muchos los que nos han precedido, muchos los que están trazando puentes y muchos más los que los desean. Hay un librito que la Conferencia Episcopal Española sacó en el 2006 a raíz del V Centenario de San Francisco Javier titulado "Dar razón de la misión hoy". En el apartado titulado "Misión abierta al diálogo en un mundo plural" Juan Martín Velasco trata muy bien este tema.

c) Tres experiencias

Por último me gustaría relatar algunas experiencias de encuentro con distintas personas creyentes y no creyentes, jóvenes de los que he aprendido muchísimo y me han ayudado a entender más el amor de Dios y a intentar reflejarlo mejor.

Okaasan (nuestra "madre" japonesa y prácticamente ciega)

Católica desde los 19 años. Actualmente tiene 82. Esta madre de ocho hijos y abuela de doce nietos, ha sido una de las personas que más me ha enseñado el amor al detalle de Dios. Estábamos buscando casa en el inmenso Tokio y no podíamos encontrar nada asequible a nuestros bolsillos y posibilidades. Cuando estábamos a punto de claudicar, un día nos llamó por teléfono diciendo que se había enterado de que estábamos buscando un sitio donde vivir. Nos dijo que su marido había fallecido y que nos dejaba su casa para poder realizar nuestra misión. Ella se iría a vivir con su segundo hijo. Cuando le expresamos nuestra situación económica nos dijo que el mejor pago que le podíamos hacer era utilizar su casa para que los japoneses se encontrasen con Dios. Por supuesto que desde entonces fue nuestra más fiel colaboradora y apóstol.

Sensei (dentista) Padre de familia, no creyente. 59 años

Conocí a Oshima sensei cuando era un joven dentista de 29 años debido a una muela careada. Decidimos hacer un trueque: él me arreglaba la muela y yo trabajaba para él gratis. Durante ese tiempo pude darme cuenta con qué amabilidad y entrega trataba a sus pacientes. Al que no le podía pagar le decía que no se preocupara, que cuando pudiera lo hiciera. Una de sus frases célebres era que para los ancianos "los dientes eran la vida". A los que no podían ir por su consulta, por ser demasiado mayores, iba a atenderles gratis a la casa. Al final terminamos siendo muy amigos, siendo nosotras testigos del nacimiento de sus tres preciosos hijos, ahora

ya universitarios. Un buen día nos dijo: yo no creo en Dios, pero sí en el Dios en que vosotras creéis. Con lágrimas en los ojos expresa que si cuando era joven no nos hubiera conocido hace tiempo que se hubiera quitado la vida. Vive para su familia y dice que en su funeral sólo quiere a su esposa e hijos y a nosotras misioneras.

Jóvenes

Son muchos jóvenes los que he conocido a lo largo de diecisiete años. De entre ellos hay tres de los que me gustaría hablar.

Uno de ellos es un joven brillante llamado Seiji, salido de la mejor universidad de Japón y con un futuro muy prometedor. Lo conocimos en su primer año de universidad. No era católico pero empezó participando en las actividades que teníamos para jóvenes y cada vez se fue involucrando más. Un día su madre se presentó en nuestra casa diciendo que quería conocernos. Estaba muy agradecida porque decía que, aunque Seiji era su hijo, había cambiado tanto que no lo conocía. Este participaba de la eucaristía, hacía oración pero no daba el paso al bautismo. Sus padres se convirtieron a la fe por él, pero él seguía sin decidirse. Tardó cinco años pero al final me pidió ser su madrina y se bautizó con el nombre de Pedro. Había sido una roca dura. Cuando terminó la carrera de ingeniería espacial se puso a buscar trabajo. Me extrañó que no lo consiguiera enseguida pues se lo rifaban las empresas. Un día me enteré de la causa: todo le parecía muy bien, excepto que la mayoría de las empresas le exigían que trabajara en la investigación de misiles. El respondió que no quería que lo que había aprendido sirviera para matar a nadie. Ahora trabaja, aunque con menos sueldo pero más feliz, en el departamento de investigación de la universidad de Tokio. Hace un año se casó y acaba de tener una niña.

Otra joven de la que me gustaría hablar se llama Naoko. Estudiante de arte y con muchos problemas de carácter. Chocaba mucho con su madre. Cuando empezó a descubrir a Dios, sobre todo el amor de Dios como Padre, se sintió totalmente amada y aceptada. Tal fue así que habiendo terminado la carrera quiso estudiar Puericultura para dedicarse a los niños. Decía que los niños necesitaban sentir el amor desde muy pequeños, por eso quiso trabajar en una guardería. Después de seis años pidió ser bautizada. La sensibilidad que tiene por Dios es sorprendente y la delicadeza con los otros también. Hoy en día es una feliz esposa y madre de una niña. Le ha puesto el nombre de Satoko. Ambos padres quieren que su hija llegue a ser como esta japonesa en proceso de beatificación: Satoko Kitahara. Era una joven de 19 años perteneciente a una rica familia de Tokio. Después de la II Guerra Mundial se dedicó junto al hermano franciscano Zeno a ayudar a los más pobres. Contrajo tuberculosis dando su vida por los niños más pobres de las barriadas de Tokio.

El último joven es católico. Había recibido el bautismo de pequeño, pero no practicaba. Era un "kirishitan banare", se llaman así a los alejados de la Iglesia Católica. De Hiroshima vino a Tokio a estudiar la carrera de matemáticas, y lo conocimos en una residencia universitaria. Al principio no iba de nada, pero a través de una banda de música que montamos y un teatro, le pedimos colaboración. El trabajar con jóvenes, le abrió los ojos a ver la necesidad tan grande

que había en sus corazones de cariño y valoración. Decidió dedicarse a la enseñanza y ahora es un profesor comprometido en dar a sus alumnos no sólo matemáticas sino el amor encarnado de Dios. No le es fácil porque los profesores en Japón están sometidos a mucha presión, pero el intento es lo que vale. Fue padrino de bautismo de Seiji.

Cuando recuerdo a estos jóvenes, y muchos otros, no puedo por menos de alegrarme y pensar que a través de ellos y con nuestras pobres vidas, estamos ayudando a cambiar el futuro de Japón y del mundo.

4- Conclusión

La Iglesia de Japón es minoritaria pero tiene mucho para aportar. Yo he aprendido mucho de ella y me siento orgullosa de ella. Al ser pequeña, no tiene de qué darse importancia, ni tampoco lo pretende. Cuando llegó una de nuestras compañeras a Japón fuimos a presentársela al arzobispo de Tokio. Este, con una sencillez encantadora, se inclinó ante ella y le agradeció de corazón que hubiese venido como misionera a Japón. Supo encarnar el respeto, humildad y agradecimiento japoneses de una forma asombrosa. No hemos venido a otra cosa que aprender y a aportar lo que tenemos: la alegría de conocer a Dios y ser amados por Él. Los conflictos son muchos, pero los dos ideogramas de la palabra conflicto "kiki", nos enseñan el significado: peligro y oportunidad. El conflicto es la oportunidad de aprender, de crecer, de intentar. Todos somos necesarios, desde donde estamos, desde lo que hacemos. Nuestros pobres intentos son muy valiosos para Dios. El Espíritu Santo, motor de la Iglesia, nos hace tener un corazón universal, en comunión con todos nuestros hermanos de todo el mundo. Somos de la raza humana y todos necesitamos de todos. ¡Animo y adelante! Muchas gracias por vuestra presencia aquí y por vuestra vida. Que Dios os bendiga.

Semana de Misionología de Burgos, julio 2009